

sando por la Edad Media y concluyendo en el siglo XX. El capítulo tercero (pp. 109-174) es una reflexión teológica sobre la presencia de la Virgen en la vida eclesial.

Este último capítulo constituye el punto culminante del libro, pues es donde el A., después de examinar las diversas interpretaciones dadas por los teólogos a la presencia de María, hace su propuesta hermenéutica —presencia penumática o espiritual y contemporaneidad por razón de su estado glorioso— consistente en la explicación de la naturaleza de la presencia mariana a la luz de la resurrección de Cristo y de los cuerpos, cuya anticipación se realizó en María en su Asunción gloriosa a los cielos. Para ello valora el texto fundamental de S. Pablo en I Cor 15, 1-58 ofreciéndolo como fundamentación bíblica a su propuesta hermenéutica.

Es un libro sugerente, escrito con un estilo sencillo. Constituye un punto de arranque para ulteriores investigaciones en un campo tan extenso como es la presencia de María en la vida del creyente y de la Iglesia.

J. L. Bastero

**Pierre ARNOLD**, *La santità per l'uomo d'oggi*, ed. Massimo, Milán 1991, 253 pp., 13,5 x 21.

Los caminos hacia Dios son siempre una novedad para el espíritu humano, y esa novedad lleva consigo una doble consecuencia: de un lado, que el hombre nunca se acostumbra del todo a ninguna de esas vías y, de otro, que cualquiera de esos senderos no pierde nunca actualidad. El origen y el final del trayecto permanecen siempre idéntico: el hombre y Dios, y los trazados para recorrerlo serán tan variados como los hombres. Cada ser humano es pro-

pio y diferente de los demás, y a Dios se le puede encontrar en cualquier lugar y en todas las situaciones por las que el hombre debe transitar en esta vida. Por eso, los senderos del espíritu, como el mismo espíritu, se encuentran en casa, y a la vez, fuera de casa, en cualquier contexto cultural creado y desarrollado por los hombres.

El libro que presentamos es una muestra de cómo una de esas líneas maestra del andar del hombre hacia Dios —el espíritu benedictino—, mantiene su lozanía, y continúa manifestando su riqueza, después de los siglos que lleva ya fecundando la faz de la tierra. Consciente de que el primer espíritu benedictino de ruptura con el mundo, se comenzó a vivir en los claustros, para llevar a cabo de manera inmediata físicamente una ruptura que San Benito se propuso como modo de seguir el espíritu de Cristo; el P. Arnold se da cuenta de la necesidad de encontrar otro cauce fuera del convento, para el hombre que está, y debe continuar, envuelto en las preocupaciones y ocupaciones de cada día, alcance a vivir también esa misma «ruptura», y hacer posible la correlación, en la que insiste el espíritu benedictino, «entre vida evangélica y ruptura; conversión y separación del mundo» (p. 245).

Aclaro enseguida, aunque quizá no sea necesario, que al hablar aquí de mundo, no se entiende el pecado, sino todas esas realidades que el hombre común denomina bajo la palabra mundo: profesión, familia, intereses sociales, culturales, políticos, etc.

¿Cómo llevar a cabo esa «ruptura»? El autor tiene bien presente que el «mundo moderno, con sus sombras y luces, es el paso obligado por el que han de transitar hoy muchos cristianos, para entrar en la fecundidad del Evangelio» (p. 225). Y precisamente por eso, recuerda que estos cristianos, en sus re-

laciones con el mundo y en su vivir cotidiano inmerso en las necesidades del mundo, no pueden dejar de considerar una triple exigencia que comporta el Evangelio: «reconocer en el mundo un buen anuncio de salvación; *actuar* en el mundo como conversos —o sea, como seres de los valores, trastocados, «vuelto al revés», y *mantener* un esfuerzo constante y confiado para que la «contradicción» del Evangelio llegue a ser efectiva, cueste lo que cueste (renuncias, persecuciones, etc.)» (p. 225).

En este acercamiento-distanciamiento del mundo, Arnold señala que, especialmente en los años inmediatos a la conclusión del Concilio Vaticano II, hubo una especie de «optimismo exagerado y de reconciliación» que podía llevar implícito como un abandono de «convertir» el mundo, y de aceptarlo tal cual, incluida su carga de pecado y sin ánimo de reconciliarlo con Dios. Hoy, por el contrario, «muchos cristianos sienten la necesidad de reafirmar en concreto una distancia profética del modo de comportamiento de las sociedades contemporáneas» (p. 245).

Precisamente para colmar este anhelo Arnold hace su propuesta de una «santidad para el hombre de hoy», y tiene bien en cuenta que, junto a la «huida del mundo», el espíritu benedictino busca un «lugar de comunión» en el que vivir esta huida; y se siente en la necesidad de preguntarse cuál puede ser ese «lugar de comunión», para el cristiano inmerso en las actividades profesionales, sociales, etc., de todo tipo.

Quizá la respuesta que da Arnold manifiesta los límites del intento de llevar «al mundo» una espiritualidad pensada para ser vivida «fuera del mundo», con los riesgos no siempre previstos que esto comporta y con las acomodaciones conceptuales que pueden llevar a una mezcla de horizontes y perspectivas, con un claro peligro de reduccionismo.

De un lado, el Autor señala una serie de características, no específicas de la espiritualidad benedictina, que le gustaría ver reflejadas en los santos de hoy: «la alegría y la libertad en la paz, fruto de la fe, de frente al miedo que invade el corazón del hombre»; una alegría, lógicamente «que ha de pasar a través del expolio, la privación, la abstinencia, la renuncia». Junto a estas virtudes, «la valentía de decir y de acoger la verdad, por dolorosa que sea»; «dar a conocer el rostro humilde del investigador, en un mundo de certezas resquebrajadas. Si la luz de Dios debe manifestarse en su vida, no por esto cesa él de ser uno que se interroga» (p. 79-80).

El Autor sabe que estas características, que se pueden encontrar en la vida de casi todos los cristianos coherentes con su fe, no son suficientes para delimitar una espiritualidad. Pero, cuando pretende concretar otros detalles más específicos, en su tentativa de encontrar el «lugar de comunión», la respuesta deja de manifiesto, en mi opinión, los límites de la propuesta. Pone en duda, y con mucha razón, «tantas rupturas folklóricas, e incluso crueles que no denuncian en absoluto la buena conciencia de este mundo deshumano» (p. 249). Señala que «descubrir el ayuno, el camino, el silencio y la vigilia, prácticas verdaderamente tradicionales, constituyen una ocasión de amor y de compasión, y a la vez un ejercicio de purificación» (p. 249-250); y añade que «para el hombre moderno, vivir la carencia real y concreta, en el tener, en el poder, en el saber y en el amar, es una condición indispensable para acoger la posibilidad de una visita de Dios» (p. 250). Y se pregunta, no sin cierta razón, si «las exigencias provenientes del Tercer mundo y de cualquier tipo de pobreza, como también los requerimientos de la paz y de la justicia, nos

invitan a acciones positivas de ruptura con las prácticas del mundo» (p. 249).

No encontramos, sin embargo, la menor referencia a la enseñanza del Concilio Vaticano II, que invita al cristiano inmerso en el mundo a una doble vertiente para su vida cristiana: permanecer en el mundo, huyendo lógicamente del pecado —también el monje y el fraile deben huir del pecado, en su estar «fuera del mundo»; y buscar ese «lugar de comunión» precisamente en sus propias actividades, porque es en esas tareas en el mundo (ámbito de su propia identidad humana y cristiana) donde ha de vivir también la «huida del pecado», y hacer posible que Cristo «atraiga a Si todas las cosas»: «Omnia traham ad Me ipsum».

E. Juliá

**Giovanni CAPRILE**, *Paolo VI. Il Sinodo dei Vescovi. Interventi e documentazione*, Istituto Paolo VI di Brescia-Edizioni Studium, Roma, col. «Quaderni dell'Istituto», n. 11, Roma 1992, XII + 325 pp., 15,5 x 24.

Como parte de la tarea del «Istituto Paolo VI» de Brescia (Italia) para dar a conocer la figura y enseñanzas del mencionado Pontífice, el libro ofrece la recopilación de las intervenciones que Pablo VI tuvo desde momentos antes del Concilio Vaticano II y, sobre todo, durante su pontificado, sobre la figura del Sínodo de los Obispos, del que fue mentor y protagonista destacado. En efecto, con el Motu proprio *Apostolica sollicitudo*, de noviembre de 1965, Pablo VI instituyó el Sínodo de los Obispos, contempló sus inicios, y el desarrollo de su puesta en práctica.

La recopilación de las referencias papales sobre el tema se presentan en orden cronológico, comenzando en el año

1962, hasta 1978. En total, son 176 las ocasiones en que el Pontífice aludió, de manera más o menos extensa, a la naturaleza y sentido de la reunión de los Obispos en Roma en torno al Papa para tratar asuntos concernientes a la Iglesia universal. El año 1970 es particularmente fecundo, con 52 intervenciones sobre el tema.

La recopilación, incluye un resumen sucinto del contenido de cada uno de los textos; también ofrece un balance de las intervenciones pontificias al principio de cada apartado anual en que se divide la recopilación. Quizá hubiera sido útil para la consulta la inclusión de un índice temático.

El volumen constituye un buen instrumento de trabajo para quienes desean profundizar en la historia y naturaleza eclesiológica del Sínodo de Obispos, ofreciendo un material de primer orden, como es la doctrina de Pablo VI, a quien le correspondió impulsar estas reuniones episcopales, de gran importancia en la vida de la Iglesia en el periodo postconciliar. Basta pensar en los recientes Sínodos de los Obispos celebrados durante el pontificado de Juan Pablo II, y los temas que han abordado. De otra parte, no es exagerado afirmar que quizá los Sínodos han constituido una de las ocasiones más privilegiadas de corresponsabilidad pastoral del papa con los demás obispos en los últimos años. La figura del Sínodo de los Obispos ha concentrado la atención de los estudiosos, preguntándose por su estatuto eclesiológico propio de los Sínodos, y su relación con el ejercicio del primado pontificio y con la colegialidad episcopal. Por ello, saber qué pensaba Pablo VI como protagonista principal, resulta un dato inestimable para la reflexión teológica. Hay que saludar, pues, con agradecimiento la aparición de este trabajo.

José R. Villar